**RETIRO DE ADVIENTO 2015**

**CONFER BIZKAIA**

**ACOGER LA MISERICORDIA**

**PARA VIVIR “DE” MISERICORDIA**

**Ana I. González, mmb**

**INTRODUCCIÓN. EL ADVIENTO, PUERTA DE LA MISERICORDIA**

Vamos a comenzar este tiempo de Adviento a las puertas del Año de la Misericordia. El Papa Francisco, que nos invitaba al comienzo de su pontificado a vivir y testimoniar la alegría del Evangelio, nos convoca ahora y durante el próximo año a contemplar, a **tener la mirada fija en el misterio de la misericordia** (MV 2-3), que es la entraña misma de Dios, para dejar que esa misericordia empape nuestra vida, conquiste y transforme nuestro corazón y nos mueva a ser nosotros también signo de su misericordia.

No son dos cosas distintas: la alegría del Evangelio es **la alegría de haber experimentado que nuestra vida está envuelta en la misericordia;** nace de la experiencia de ser “amadas, alcanzadas, transformadas”[[1]](#footnote-1). Es la alegría de un Dios que nos ama incondicional y gratuitamente, antes de que nosotras hagamos nada para merecer su amor, aunque no estemos a la altura de ese amor e incluso, precisamente porque nunca lo estamos. La misericordia es un amor de absoluta donación, totalmente gratuito, que se vuelca sobre el otro, que desciende a su lugar para abrazar su pobreza y socorrer su debilidad (EG 37). Este es el amor con el que Dios nos ama y que, cuando dejamos que nos alcance, puede llenar nuestra vida de alegría. Por eso, vivir y anunciar “la entrañable misericordia de nuestro Dios” (Lc 1,78) es una forma de vivir y anunciar la alegría del Evangelio.

A lo largo del año vamos a tener múltiples oportunidades de contemplar y ahondar en este misterio de la misericordia que es la clave de la relación de Dios con nosotros, con su pueblo, con toda la humanidad y la creación. Cada tiempo litúrgico nos va a ayudar a iluminar y saborear diferentes caras de este misterio inagotable porque toda la historia de la salvación que revivimos en el Año Litúrgico se puede leer desde la clave de la misericordia. Y el año de la misericordia comienza, precisamente, en tiempo de Adviento. Este Adviento es, paraa, de algún modo, la Puerta de la misericordia, el primer tiempo fuerte que se nos ofrece para comenzar a adentrarnos en ese misterio.

**1. ACOGER LA MISERICORDIA PARA “VIVIR DE MISERICORDIA”**

**Dios viene. Disponernos a acoger un don que se nos entrega**

A mi modo de ver, la experiencia que nos permite abrir la puerta a la misericordia para que entre en nosotras y nos transforme es **disponernos a recibir un don que se nos entrega**, que se nos está entregando siempre. Un don que no son “cosas” sino que es Dios mismo en persona. Dios no nos da “cosas” sino que se nos da a sí mismo ofreciéndosenos como compañero de camino, fortaleciendo nuestra debilidad y recreando nuestras vidas. Ese es el anuncio del Adviento: **Dios viene**. No sólo “vino” en Jesús de Nazaret, ni sólo “vendrá” al final cuando su presencia se haga plena, “todo en todo”, dice 1Cor 15,28. Sino que está viniendo siempre, en cada “ahora”. “Siempre está presente la hora de tu venida”, dice K. Rahner en su oración “Dios que has de venir” y cada instante es “el presente que se llena de ti”[[2]](#footnote-2).

En la Bula de convocatoria del Año de la Misericordia, el Papa nos invita a vivir “de” misericordia, que es algo más englobante que vivir “la” misericordia. Vivir la misericordia puede significar practicarla en nuestras vidas, vivirla en nuestras relaciones cotidianas y con todo lo que nos rodea. Ahí somos nosotros, por así decirlo, sujetos de la misericordia. Ese es, sin duda, el objetivo último del Año de la Misericordia: convertirnos nosotros mismos en expresión de esa misericordia. Sin embargo, me parece que la llamada a “vivir de misericordia” engloba algo más, hace referencia a algo más fundamental que está como sustrato de esa otra dimensión. Vivir de misericordia implica que nuestra vida se asienta en la misericordia que Otro tiene con nosotros, en la misericordia de la que nosotros no somos sujeto sino objeto. Vivir de misericordia evoca que ésta es la que nos alimenta y nos nutre, que nuestra vida bebe de ahí, que se asienta en ella, que de ella recibimos la vida. Estamos invitados, sobre todo, a vivir “de” misericordia.

¿Y qué es lo primero que hemos de “hacer” para vivir de misericordia? Lo primero es ACOGER LA MISERICORDIA que es Dios mismo y que viene a nosotros en todo y siempre. “Disponernos a recibir” y “acoger” el don que se nos entrega son las actitudes interiores a las que nos invita el Adviento y que vemos encarnadas de forma excepcional en María de Nazaret. Son actitudes “pasivas”, en las que se pone en juego nuestra capacidad de dejarnos hacer. A pesar de nuestros esfuerzos, un poco o un mucho voluntaristas por “hacer” y por “dar”, posiblemente el secreto de una vida reconciliada y en armonía radica en aprender a recibir y a dejarse hacer, en edificar la vida no en el propio esfuerzo que nos agota y nos mantiene dando vueltas en torno a nosotras mismas, sino en el don, en la gratuidad de un Amor que se nos entrega. Esa es la experiencia que nos saca de nosotras mismas, porque el agradecimiento nos descentra, nos pone la mirada y el corazón asombrados en la generosidad del otro. Y es también la experiencia que nos libera del peso de vivir esforzadamente, porque la vida ya no es una conquista sino un regalo.

Aprender a recibir no es nada fácil y lo sabemos. Implica desistir de las propias fuerzas y consentir a Dios y a su acción en nosotros y en la realidad. Implica despojo, desnudez y reconocimiento de la propia pobreza y necesidad. Supone dejar acercarse a Aquel que está viniendo siempre y permitirle que nos envuelva y nos inunde con su Amor que reviste nuestra debilidad de su fortaleza, nuestra pobreza de su riqueza.

Podemos contemplar desde estas claves a María de Nazaret, gustando una vez más el relato de la Anunciación (Lc 1, 26-38). Ella es, en este Adviento, el icono de la acogida y la disponibilidad para acoger el don de Dios.

* La suya es, primeramente, una experiencia de AGRACIAMIENTO: **“¡Alégrate, llena de gracia, porque el Señor está contigo!”**. Podemos escuchar estas palabras como dichas para cada una de nosotras y repetirlas internamente, no sólo como un anuncio de algo por venir sino como la afirmación de que Dios viene ya a habitar nuestras vidas, está ya habitándolas con su misma presencia. Nosotras también somos seres agraciados.
* Como ella, también podemos responder: **“¡Hagasé!”**. Es la palabra que expresa la acogida del don. Quiere decir algo así como “consiento a tu abrazo”, “te dejo acercarte y entrar en mí”, “envuélveme y llena mi vida con tu amor”. Es la palabra de la disponibilidad radical. La respuesta de quien acoge sin defensas ni condiciones el deseo de Dios sobre sí mismo y se pone en sus manos con total libertad para ser conducido. No importa no saber qué vendrá después, no importa no saber hacia dónde somos llevados. Sólo importa saber que Tú nos llevas. Sólo es posible decir “hágase” desde la total confianza. Y sólo es posible confiar totalmente desde la experiencia de sentirse incondicionalmente amados.

Otra propuesta puede ser orar con el Salmo 136. El Papa Francisco nos invita a hacerlo en la Carta de convocatoria del Jubileo. Es el gran *hallel*, que forma parte de la liturgia de las fiestas más importantes de Israel y con el que Jesús mismo oró la noche antes de entregar su vida. En él el pueblo hace memoria de su historia de salvación, de todo lo que ha hecho Dios por él “porque es eterna su misericordia”. Como dice el Papa, “repetir continuamente `eterna es su misericordia´ parece un intento por romper el círculo del espacio y del tiempo para introducirlo todo en el misterio del amor” (MV 7). Podemos orarlo construyendo nuestro propio salmo, trayendo a la memoria todo lo que hay en nuestra vida y todo lo que ha ocurrido en nuestra historia “porque es eterna su misericordia”. Este puede ser un modo de acoger el amor y la misericordia recibidos. Dejar que nuestra vida y nuestro ser repose en la experiencia de que nuestra vida ha estado siempre, está y estará para siempre envuelta en ese amor que es eterno, es decir, permanente, pleno, inmutable. Nada puede cambiarlo. Siempre permanece y se nos entrega en cada instante todo él y no por partes. Así, “día tras día, tocados por su compasión, también nosotros llegaremos a ser compasivas con todos” (MV 14).

**La misericordia de Dios es la fuente de nuestra esperanza**

Celebramos el Adviento y nos disponemos a comenzar el Año de la Misericordia en medio de una historia dolorosa y rota, llena de fracturas. Desde el inicio del curso muchos son los acontecimientos que nos han estremecido y horrorizado. Hemos asistido a la llamada “crisis de los refugiados”. Cada día hemos escuchado cifras tremendas de personas que han muerto y mueren en el mar escapando de la guerra. Hemos visto las imágenes de miles de hombres, mujeres y niños que recorrían kilómetros a pie atravesando países; cómo se les cerraban una tras otra las fronteras, se construían vallas a toda prisa y la Unión Europea demoraba una solución para esta emergencia. Los últimos acontecimientos en París nos han hecho tocar un poco más de cerca el sufrimiento y el horror que hasta ahora veíamos de lejos pero que otros padecen cotidianamente y en mayor grado: en Líbano, en Siria, en Irak, en Nigeria, Mali, Pakistán… Nuestras sociedades occidentales se han instalado en el miedo y la ofuscación. Sigue alimentándose la espiral de la violencia…

Sabemos que todo esto es sólo una parte de la enorme cantidad de dolor, violencia e injusticia que padecen las personas, los pueblos, también la Tierra, la naturaleza, en este momento de la historia y que amenazan y destruyen la vida por todas partes. Sin ánimo de ser catastrofistas, muchos análisis coinciden en que vivimos en un tiempo crítico en el que la humanidad posee las capacidades y los medios para posibilitar la vida de todos sus miembros pero parece haberse perdido el horizonte, la dirección, el sentido que nos pueda conducir hacia un proyecto común.

Vivimos el Adviento en este momento de la historia y no podemos hacerlo si no es, también, sintiendo con nuestro tiempo, con la humanidad sufriente en esas grandes fronteras del dolor humano y en esas otras más cercanas que cada una seguro que conocemos de primera mano. En medio de todas estas situaciones nos preguntamos muchas veces dónde sostener la esperanza.

Hace unos días, precisamente orando tras los atentados de París y todo lo que han provocado, encontré un texto del libro de las Lamentaciones que, al menos a mí, me hizo recobrar un poco la confianza. El autor habla desde una situación de profunda devastación y de dolor colectivo. La ciudad santa, Jerusalén, ha sido destruida y saqueada… Los cinco poemas de este libro, dice la Biblia de Jerusalén, describen “en términos patéticos el duelo de la ciudad y sus moradores, pero de estos dolorosos lamentos brota un sentimiento de invencible confianza en Yahvé y de hondo arrepentimiento que constituye el valor de esta obrita”. ¿Dónde encuentra el autor de las Lamentaciones la fuente de esa confianza? El texto dice así:

*“Me han arrancado la paz y ni me acuerdo de la dicha; me digo: `Se me acabaron las fuerzas y mi esperanza en el Señor´… Pero hay algo que traigo a la memoria y me da esperanza: que la misericordia del Señor no termina y no se acaba su compasión; antes bien, se renueva cada mañana: ¡qué grande es tu fidelidad! El Señor es mi lote, me digo, y espero en él. El Señor es bueno para los que en él esperan y lo buscan; es bueno esperar en silencio la salvación del Señor”* (Lam 3, 17. 20-26).

La fuente de la esperanza, su raíz, el lugar donde se apoya es la convicción creyente de que “la misericordia de Dios no termina y no se acaba su compasión, sino que se renueva cada mañana”. La misericordia de Dios también sostiene la historia. Y esta es una experiencia que también estamos invitadas a renovar en este Adviento. A pesar de la oscuridad y el sinsentido que parecen envolver nuestro mundo, hay un Amor, con mayúsculas, que sostiene toda la realidad, que la envuelve, la atraviesa y la sigue impulsando desde dentro. La misericordia de Dios es eterna, recordábamos al comentar el salmo 136. Eterna quiere decir no sólo que no tiene fin, que no termina, sino que es el origen permanente de toda existencia, la fuente de la que todo mana. Nada existiría si Dios no lo estuviera creando y sosteniendo en el ser en cada momento con su misericordia.

Gustavo Gutiérrez se pregunta en un libro famoso cómo hablar de Dios desde el sufrimiento del inocente y responde desde la experiencia de Job. Aunque este no sea un personaje muy habitual en el Adviento, creo que la relectura que el teólogo peruano hace de la historia de Job nos puede iluminar mucho en este tiempo de paciente espera. En su propio sufrimiento injusto, dice G. Gutiérrez, Job hace la experiencia de que en el mundo no hay justicia y llama a Dios a confrontarse con él para que dé razón de semejante situación. Cuando, por fin, Dios comparece despliega esos dos discursos en los que Dios ni explica ni se explica sino que vienen a ponerle delante a Job que más allá de la injusticia y el caos que parecen envolver el mundo, y aunque ni él ni nosotras podamos entender cómo, el mundo está sustentado, conducido y envuelto por el Amor y el designio creador y vivificador de Dios. Y dice, no es la justicia o la injusticia, sino la Gratuidad lo que está en el quicio del mundo. A pesar de todo, el mundo descansa y es sustentado por la Gratuidad de Dios.

Javier Vitoria dice que ésta es también la experiencia espiritual de Jesús de Nazaret. La acción compasiva y transformadora de Jesús de Nazaret en su tiempo no tiene su raíz primera en una experiencia de indignación ética, sino que nace de algo anterior y más profundo: en el encuentro con el dolor y las fracturas de su tiempo, Jesús hace la experiencia de una inusitada e inaudita Gratuidad, la del Amor benevolente y agraciante de Dios que se derrama sobre la creación y la historia humana, las envuelve, las penetra, las sustenta y moviliza. Esta es, en Él, la experiencia absolutamente original que expresa en la palabra *Abbá*.

Afirmar que la primacía en nuestra experiencia cristiana la tiene la Gratuidad de Dios no es huida ni evasión, ni consuelo fácil. Al contrario, es hallar la verdadera fuente de la que brota la esperanza que se traduce en compasión con quienes sufren y en compromiso por la justicia y por la transformación de la realidad, que son, también, expresión de la misericordia.

Dios mantiene su fidelidad a nuestra tierra y su compasión hacia cada criatura. *“Porque los montes se correrán, y las colinas se moverán, más mi amor de tu lado no se apartará y mi alianza de paz no se moverá-dice el Señor, que tiene compasión de tiene compasión de ti-“* (Is. 54, 10)*.* Y sigue empeñado en recrear lo muerto, en recomponer lo roto, en reconstruir lo arrasado. La misericordia de Dios, su amor fiel y compasivo, es el impulso más íntimo que impulsa al mundo desde dentro y desde abajo.

Eso lo saben muy bien los profetas, especialmente Isaías, que es el gran profeta del Adviento, y nos lo anuncia sin cesar en este tiempo a través de muchos de los textos que oramos y leemos en la liturgia y a los que podemos acercarnos también en este día. El Señor Dios llega con poder, como un pastor que apacienta con mimo el rebaño y cuida de los más débiles (Is 40, 9-11). Con su venida quedan atrás todas las limitaciones y esterilidades (Is 35,1-10). Las espadas se convierten en arados y las lanzas en instrumentos de trabajo (Is 2,2-5). El león habitará con el cordero y la paz alcanzará a todas las relaciones entre las personas y también a la naturaleza (Is 11,6-9). Enjugará las lágrimas de todos los rostros y arrancará el sudario que cubre a los pueblos (Is 25, 6-10).

La venida del Señor aún no es plena, aún la estamos aguardando y vivimos la historia como un permanente Adviento. Pero la Palabra de Dios a través de estos textos nos empuja a creer que la misericordia de Dios no termina y su fidelidad sigue impulsando el mundo desde dentro hacia la vida y la reconciliación plenas, hacia el fin definitivo del sufrimiento y del dolor.

**2. JESÚS, EL ROSTRO DE LA MISERICORDIA. “Ha aparecido la bondad de Dios y su amor a los hombres”**

**Misericordia es “abrazar visceralmente, con las propias entrañas, la situación del otro”**

El recorrido que la Palabra de Dios nos invita a realizar en el Adviento es un recorrido curioso. Las primeras semanas están plagadas de imágenes realmente estremecedoras, de una gran belleza y que conectan con nuestros anhelos más profundos. Estas imágenes expresan el cumplimiento de la promesa de la que vive Israel: que Dios mismo se hará presente en medio de su pueblo y que esa presencia será la renovación de todas las cosas, la sanación de todas las heridas, el fin de toda limitación que oprime nuestra existencia, de todo dolor y de toda injusticia.

 Ahí por el segundo domingo de Adviento llega Juan Bautista con un mensaje un poquito menos amable. Juan no es Isaías, no es el profeta que tiene que sostener la esperanza de un pueblo decaído y machacado. No habla de alegría y de renacimiento. Juan es un profeta fogoso, que habla de fuego y del hacha que ya está preparada para cortar los árboles. Es el que da el último aviso, el que “toca la campana” y dice: ¡eh! ¡Que hay que prepararse! El Señor se acerca y no da igual cómo se le espere, que uno tiene que poner su vida en consonancia con Él si quiere recibirle. Pero el Bautista también anuncia la llegada de una novedad radical, la transformación de todas las cosas.

 Y todo este recorrido majestuoso desemboca, en el cuarto domingo de Adviento, en un escenario muy distinto. La salvación se anuncia no en un escenario público como el de Isaías o el Juan, sino en la intimidad de una mujer o un hombre (según nos toque la anunciación a María o a José) que, en una aldea perdida de una colonia del Imperio Romano y en absoluta soledad, reciben una propuesta desconcertante: traer al mundo a un niño, cuidarlo y protegerlo, porque ese niño es la máxima cercanía de Dios a la humanidad, Dios-con-nosotros, Dios en medio de su pueblo; tan cercano, tan cercano que es uno de nosotros, uno de tantos (Flp 2,7). Parece que, a medida que se va aproximando el Dios que viene, todo se hace más pequeño, más humilde, vulgar y cotidiano.

 Es, verdaderamente, un recorrido desconcertante. **De la promesa de un Dios que viene a transformarlo todo a la realidad de un Dios que se adentra en lo nuestro y carga con ello.** Parecería que al principio del Adviento nos han anunciado una cosa y lo que al final nos dan es otra, que lo que se nos promete al inicio no se corresponde con lo que encontramos al final. O quizá es que la promesa se realiza al modo de Dios, que no coincide siempre con el nuestro, y que las dos cosas están unidas: **Dios viene a transformarlo todo adentrándose en lo nuestro y cargando con ello**.

La Encarnación es la máxima realización de la misericordia de Dios. Jesús es el rostro de la misericordia; la misericordia de Dios hecha rostro humano. La entraña misma de Dios, que es todo y sólo misericordia, aparecida ante nuestros ojos, visible y tangible. Como dice el texto de la Carta a Tito, que escuchamos en la liturgia de la Navidad, *"ahora* (en Jesús) *ha aparecido la bondad de Dios, nuestro Salvador, y su amor a los hombres. Él nos salvó, no por nuestras buenas obras, sino en virtud de su misericordia"* (Tito 3, 4-5).

Jesús es el Don que es Dios mismo entregado de forma total y sin vuelta atrás. Dios hecho absoluta cercanía a nuestra debilidad hasta tomarla sobre sí y hacerla suya propia. Esa es la máxima expresión de la misericordia. Hace años, en unos Ejercicios Espirituales, me impresionó profundamente que el sacerdote que daba los Ejercicios nos propusiera la parábola del samaritano para contemplar el misterio de la Encarnación (Lc 10,25-37). Dios que “desciende”, como el samaritano de su montura, y se aproxima hasta donde nosotros estamos para socorrer nuestra debilidad; que nos carga no ya sobre su cabalgadura, sino sobre sí mismo para sanar nuestras heridas. La parábola del samaritano habla, en primer lugar, de cómo es Dios mismo con nosotros; y después, en segundo lugar, de cómo hemos de ser con nuestros hermanos (“Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso”. Lc 6,36).

En Jesús, Dios toma sobre sí toda nuestra vida, carga con ella, entra en ella hasta el fondo (recordemos la imagen bíblica del Dios *Go´el* de la que hablábamos en la espiritualidad del Cuarto Voto*)*. La misericordia, decíamos antes, es un amor que se vuelca sobre el otro, que desciende a su lugar para abrazar su pobreza y socorrer su debilidad. En Jesús, Dios está con nosotros no desde el poder y la fuerza sino haciendo suya, en solidaridad plena, nuestra existencia frágil y vulnerable. Resuena aquí lo que dice el evangelio de Mateo 8, 16-17:

*“Y al atardecer, le trajeron muchos endemoniados; y expulsó a los espíritus con su palabra, y sanó a todos los que estaban enfermos, para que se cumpliera lo que fue dicho por medio del profeta Isaías cuando dijo: EL MISMO TOMO NUESTRAS FLAQUEZAS Y LLEVO NUESTRAS ENFERMEDADES”.*

Y también lo que encontramos en la Carta a los Hebreos 4, 15:

***“****Porque no tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que ha sido probado en todo de la misma manera que nosotros, aunque sin pecado.**Así que acerquémonos confiadamente al trono de la gracia para recibir misericordia y hallar la gracia que nos ayude en el momento que más la necesitemos”.*

No es fácil entender vitalmente **por qué nos salva más un Dios que carga con lo nuestro que un Dios que nos liberara de ello con un chasquido de dedos**; **que** **lo que nos salva no es el poder de Dios sino su ser Amor que desciende hasta donde nosotros estamos**. No es su omnipotencia sino su radical solidaridad con nosotros. Karl Rahner expresa este “escándalo” de una forma maravillosa en su oración “Dios que has de venir”, del libro *Palabras al silencio:*

“Nos has prometido que vendrías y viniste? Pero ¿cómo viniste y qué hiciste? Tomaste una vida humana y la hiciste tuya, en todo igual a nosotros… Tú has alcanzado aquello de lo que nosotros huimos. Comenzaste lo que según nuestra opinión debería terminar mediante tu venida: nuestra vida, la cual es impotencia, finitud en lo íntimo, y muerte… Hiciste nuestra vida, la tuya, tal como nuestra vida es. La dejaste correr tal como la nuestra corre sobre esta tierra… Y por toda la eternidad ningún `por qué´ conduce al fondo de este deseo tuyo, que pudo haber sido otro y, sin embargo, quiso aquello que es incomprensible para nosotros. Tú debías venir para librarnos de nosotros mismos, y tú, otra vez tú, único libre e ilimitado, te `hiciste como nosotros´… ¿Ha desaparecido nuestra desdicha porque tú también lloraste?... Nuestro camino ¿tiene un fin dichoso porque tú viajas con nosotros? … Vuelvo a entender poco a poco lo que he sabido siempre… Los caminos por los que tú caminan tienen un fin. Estrecheces en las que tú penetras se ensanchan”[[3]](#footnote-3).

 Es siempre un reto y una oportunidad para la fe sentir el “escándalo”-misterio de que Dios no venga a liberarnos del peso de la existencia sino que venga a cargarlo con nosotros. Cuando uno/a siente ese “escándalo” o misterio, muchas veces desde la experiencia del sufrimiento propio o ajeno, es cuando nos podemos adentrar en la densidad de ese tremendo misterio que es “la entrañable misericordia de nuestro Dios”, un misterio al que hay que abandonarse y en el que “aprender a descansar”, dice el Papa Francisco casi al final de la *Evangelii Gaudium*, donde tiene unas palabras muy hondas sobre el “sentido de misterio” ante este Dios desconcertante (EG 279).

**A este Dios que viene, hay que dejarle acercarse.** Tal y como es y no como nos gustaría que fuera desde nuestros deseos infantiles. Si acogemos de verdad a este Jesús y le dejamos ser Dios-con-nosotros, si nos decidimos a adentrarnos por los vericuetos de nuestra débil existencia cogidos de su mano, si aceptamos su invitación a caminar desde abajo y en solidaridad con nuestros hermanos… entonces, podremos experimentar su salvación y abrir también espacios de salvación para otros.

Jesús, el rostro de la misericordia, nos muestra entonces cuáles son también los caminos de la misericordia en nuestras vidas. *“Tenía que parecerse en todo a sus hermanos para ser compasivo”*, dice la Carta a los Hebreos 2,17. No se puede ser compasiva desde el pedestal en el que a veces nos subimos, ni desde la distancia, sino desde la radical cercanía y proximidad que nos hace sabernos como los otros y sentirlos carne de nuestra propia carne. Igual que no es fácil entender que lo que “salva a otros” no es tampoco nuestro poder, nuestro saber, nuestro dominar situaciones, nuestros aciertos… sino nuestra capacidad de descender solidariamente con ellos, siguiendo la dirección que ha marcado Dios en su descenso, y tomar sobre nosotros su sufrimiento, aunque a veces esa solidaridad sea aparentemente inútil y lo que sintamos sea la impotencia.

¿Cómo se transforma el mundo? ¿Cómo se abre paso la promesa, la salvación de Dios? Desde la misericordia y la compasión, que es otro nombre de la misericordia. Pepe Laguna dice que la compasión es **“abrazar visceralmente, con las propias entrañas, los sentimientos o la situación del otro”[[4]](#footnote-4).** En Jesús, es Dios mismo se acerca, se adentra, se mete de lleno y se mezcla con la humanidad, es el que “abraza visceralmente, con las propias entrañas”, nuestra situación. Por eso, ama sin excluir a nadie, sólo desea incluir y tiene predilección por los de abajo, por los impuros, por los excluidos. El dinamismo de Dios es unificador, reúne, incluye, integra.

Ese es el camino que el Papa señala a la Iglesia para que se adentre en él en este Año de la Misericordia y nunca lo abandone. “Estamos llamados a vivir de misericordia, porque a nosotros en primer lugar se nos ha aplicado misericordia” (MV 9). Hemos sido “primereados” en el amor. “Nosotros amamos porque él nos amó primero” dice la primera carta de Juan (4,19).

**3. CUATRO CAMINOS PARA VIVIR LA MISERICORDIA**

Desde aquí, y aunque sea de forma muy breve, quisiera apuntar cuatro caminos (por aquello de las cuatro semanas de Adviento) para vivir la misericordia encarnada en nuestras vidas.

**1. Acoger y entrañar la condición humana** que es, siempre e inevitablemente, debilidad y limitación. En primer lugar en nosotras mismas (límites, fragilidades, impotencias, frustraciones, enfermedad…). También en los otros, en los y las más cercanas, con quienes nos rozamos cotidianamente. Aquello que Dios mismo ha querido hacer suyo libremente y por amor, nosotras lo solemos aceptar, a lo sumo, a regañadientes. Y sólo lo podemos acoger si hemos hecho la experiencia de que Dios mismo lo ama, tal y como es, y lo ha abrazado visceralmente, con sus propias entrañas, haciéndolo su propia realidad. “Estrecheces en las que tú penetras, se ensanchan”. El límite acogido nos libera para experimentar que no reposamos sobre nuestras propias fuerzas sino sobre el don de Dios que nos “envuelve por detrás y por delante” (salmo 138).

Como dice la Carta a los Colosenses 3,12, *"sois elegidas de Dios (esto es, seres agraciados con su misericordia)… revestíos, pues de sentimientos de compasión, de
bondad, de humildad, de mansedumbre y de paciencia".*

**2. Que la misericordia nos impulse a acercarnos y responder al dolor y sufrimiento de nuestros hermanos.** En la convocatoria del Jubileo, el Papa nos invita a “abrir el corazón a cuantos viven en las más contradictorias periferias existenciales… Abramos nuestros ojos para mirar las miserias del mundo, las heridas de tantos hermanos y hermanas privado de la dignidad, y sintámonos provocados a escuchar su grito de auxilio. Nuestras manos estrechen sus manos, y acerquémoslos a nosotros para que sientan el calor de nuestra presencia, de nuestra amistad y fraternidad. Que su grito se vuelva el nuestro y juntos podamos romper la barrera de la indiferencia que suele reinar campante para esconder la hipocresía y el egoísmo”. A esto nos ha de llevar el seguir a Dios en ese descenso solidario a “los abajos” de nuestra historia que es la encarnación.

En este contexto nos invita el Papa también a reflexionar sobre las llamadas “obras de misericordia”, inspiradas en Mt 25,31-45[[5]](#footnote-5). Dentro de su sabor “clásico” y “tradicional”, encierran todo un programa de una vida misericordiosa, de una misericordia que no se queda en ideas o meros sentimientos sino que es activa y eficaz en cosas concretas y puntuales que van configurando una vida para los demás. Las obras de misericordia nos recuerdan que “el amor nunca puede ser una palabra abstracta. Por su misma naturaleza es vida concreta” (MV 9). Y se verifica en lo concreto.

**3. Que la misericordia nos lleve a comprometernos en el trabajo por la justicia.** Esta es, como decíamos antes, una dimensión de la misericordia, que tiene también una vertiente estructural imprescindible que la Doctrina Social de la Iglesia llama “caridad política” y que el Papa recoge también en su encíclica *Laudato si´* como “amor civil y político”.

“El amor es también civil y político y se manifiesta en todas las acciones que procuran construir un mundo mejor. El amor a la sociedad y el compromiso por el bien común son una forma excelente de caridad, que no sólo afecta a las relaciones entre individuos, sino a las macro-relaciones, como las relaciones sociales, económicas y políticas… Las acciones comunitarias que buscan recrear un nuevo tejido social, que cuidan el mundo y la vida de los más pobres, cuando expresan un amor que se entrega, pueden convertirse en intensas experiencias espirituales” (LS 231 y 232).

Como recordaba hace unos días, la Delegación de Pastoral del Trabajo de la Diócesis de Madrid en un documento, misericordia y justicia se dan la mano: la justicia sin misericordia puede ser venganza, y la misericordia sin justicia suele ser paternalismo. Y recogían una frase de Benedicto XVI en *Caritas in veritate: “No basta con decir que la justicia no es extraña a la caridad… la justicia es inseparable de la caridad, intrínseca a ella. La justicia es la primera vía de la caridad y, como dijo Pablo VI, `su medida mínima´”* (CV 6)*.*

**4. Que la misericordia nos lleve a vivir la reconciliación y la no violencia**

Nuestra humanidad está hoy ante una disyuntiva: “afirmar nuestras diferencias o cobrar conciencia de nuestro destino común” (Amin Maalouf), “optar por chocar unos contra otros o abrazarnos en la comprensión y en la complementariedad” (P. Casaldáliga). Lo estamos viendo cada día y viviendo con más intensidad en estas últimas semanas. Parece que nuestro mundo y nuestras sociedades van cediendo cada vez más a la lógica del “o tú o yo”, de los “buenos” y los “malos”, de la imposibilidad de vivir juntos los diferentes y la aniquilación del adversario. El “otro” es un intruso o un enemigo. En medio de todo ello, vivir la misericordia implica también capacitarnos para con-vivir con los diferentes, no sólo coexistir. Supone tratar de tender puentes por el acercamiento, el encuentro y el difícil diálogo con quien es diferente y empeñarse en rehacer “el vínculo humano”, tan deteriorado.

Con todo ello, podremos nosotras prolongar en nuestras vidas la dinámica misericordiosa de la Encarnación, que nos lleva a adentrarnos, acoger y “cargar con el peso de nuestro tiempo” (Hanna Arendt) y con el de nuestros hermanos y hermanas, entrañando sus heridas y fragilidades y tratando de “ensanchar sus estrecheces” con nuestra compasión, al modo de Dios.

1. ALEGRÁOS. Carta circular a los consagrados y consagradas hacia el Año dedicado a la Vida Consagrada. CIVCSA [↑](#footnote-ref-1)
2. RAHNER, K., “Dios que has de venir”, *Palabras al silencio,* Estella 19847. [↑](#footnote-ref-2)
3. K. RAHNER, *o.c.* [↑](#footnote-ref-3)
4. J. LAGUNA, “Hacerse cargo, cargar y **encargarse**. De la realidad. Hoja de ruta samaritana. Para otro mundo posible”. Cuadernos CyJ nº 172. [↑](#footnote-ref-4)
5. Dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo, acoger al forastero, asistir a los enfermos, visitar a los presos, enterrar a los muertos, dar consejo al que lo necesita, enseñar al que no sabe, corregir al que yerra, consolar al triste, perdonar las ofensas, soportar con paciencia a las personas molestas, rogar a Dios por los vivos y por los difuntos. [↑](#footnote-ref-5)